

Douglas Massey (ed.)
New Faces in New Places.
The Changing Geography
of American Immigration

(New York, Russell Sage Foundation, 2008)

A finales de la primera década del siglo **xxi** no se ha consolidado una teoría exclusiva, o modelo coherente y único, que explique completamente la migración internacional desde un enfoque disciplinario o metodológico. Incluso hace poco más de una década, Douglas Massey y asociados (1998: 17) argumentaron la existencia de una serie de teorías fragmentadas que se desarrollaron por separado sorteando las tradicionales limitaciones disciplinares. Lo que también sucedió en años recientes fue que los estudios en migración se nutrieron de aproximaciones multimetodológicas y multidisciplinarias que se concentraron en etapas y actores específicos del movimiento de personas a través de fronteras nacionales (Brettell y Hollifield, 2000).

«Nuevos rostros en nuevos destinos: la cambiante geografía de la inmigración estadounidense» (*New Faces in New Places. The Changing Geography of American Immigration*) representa, sin duda alguna, una contribución sobresaliente al análisis de la migración como un proceso social, económico, cultural, político y geográfico en América del Norte. El trabajo de los dieciocho especialistas reunidos en este libro es de gran relevancia para la comunidad científica internacional ya que, además de ofrecer respuestas a las preguntas de cómo y por qué los migrantes se han esparcido por todo

Estados Unidos, propone nuevas interrogantes y líneas de investigación. El texto hace referencia a los inmigrantes de diferentes nacionalidades que han llegado a Estados Unidos, con énfasis en los mexicanos debido a su magnitud.

A partir de la segunda mitad del siglo **xx**, Estados Unidos y México experimentan una intensa dinámica migratoria que los ha posicionado como uno de los casos más fascinantes a nivel global. México es principalmente un país de emigrantes laborales, el 98% de ellos radicados en el vecino del Norte, con una tradición regional consolidada en redes sociales y comunidades transfronterizas que se reproducen en un contexto caracterizado por una asimetría de poder económico y político. Esto representa un reto mayúsculo para el futuro de ambas sociedades y gobiernos, fundamentalmente porque las capacidades de interacción y respuesta al fenómeno migratorio entre los dos países han sido limitadas ante lo que es considerado como el mayor corredor de migrantes en el mundo. El flujo centenario de inmigrantes mexicanos a Estados Unidos se incrementó vertiginosamente entre las décadas de los setenta y ochenta. A partir de 1960 se reconoce una caída sistemática de la población mexicana debido a la emigración. Hoy, la población de origen mexicano en Estados Unidos ronda los 30 millones, y se estima que uno de cada diez nacidos en México vive en territorio estadounidense. El mayor número de mexicanos que entraron a ese país lo hicieron entre 1996 y 2006, más de la mitad —6 millones— viven como indocumentados

La composición de los contingentes de migrantes mexicanos ha variado con el paso de los

años. En el ocaso del siglo xix y durante los dos primeros tercios del xx se reconocía el carácter temporal, masculino y rural del flujo migratorio, es decir, el de hombres jóvenes que viajaban para realizar labores en la construcción de vías férreas, en las tierras agrícolas de California y Texas, o en la industria de Illinois u otros puntos del Medio Oeste, que regresaban periódicamente a sus comunidades de origen, sobre todo en el Centro Occidente mexicano. Los acuerdos bilaterales de trabajadores temporales mantenidos entre México y los Estados Unidos durante veintidós años, también conocidos bajo el nombre de Programa Bracero (1942-1964), determinaron no sólo los lugares de origen y destino para miles de migrantes mexicanos, sino también sus características socioeconómicas en función del trabajo para el que fueron contratados. Los «braceros» contribuyeron a la consolidación de la migración mexicana a Estados Unidos a través de más de 4,5 millones de contratos de empleo temporal. Hoy, empero, no es posible hablar de un perfil, sino de varios perfiles de los mexicanos en el extranjero.

Precisamente, además de analizar la movilidad geográfica de los nuevos contingentes migratorios, una de las contribuciones más notables de los autores en este libro es mostrar la transformación de los perfiles del inmigrante en Estados Unidos. En el capítulo 1, Charles Hirschman y Douglas Massey introducen al lector en la relevancia de estudiar la ola migratoria posterior a 1965 en Estados Unidos, año en el que se dio fin a las «infames cuotas de origenacional» (1) mediante enmiendas a la Ley de Inmigración y Nacionalidad (*Immigrant and Nationality Act*). Sostienen que uno de los

grandes descubrimientos de la ola pos-65 era su concentración en cinco Estados, en concreto en cinco áreas metropolitanas consideradas «puertas de entrada» (*gateway cities*): New York, Los Angeles, Houston, Miami y Chicago. No obstante, para estos autores, la última sorpresa es justamente la emergencia de nuevos destinos para los inmigrantes por toda la geografía estadounidense, fenómeno asociado directamente con el creciente volumen de los recién llegados en busca del sueño americano.

New Faces in New Places divide once capítulos en dos secciones, «Patrones emergentes del asentamiento inmigrante» y «Reacciones comunitarias a los nuevos grupos inmigrantes», que agrupan cinco y seis trabajos, respectivamente. En la primera parte hay una evidente inclinación por el uso de métodos cuantitativos de investigación y de datos provenientes de fuentes públicas como la Encuesta Continua de Población (*Current Population Survey*); los censos estadounidenses (especialmente a través de las Series de Microdatos Integrados de Uso Público, o *Integrated Public Use Microdata Series* - IPUMS); así como de un proyecto de investigación sobre inmigración de la Universidad Estatal de Louisiana. En cambio, en la segunda parte aparecen trabajos cualitativos, comparativos y estudios de caso que abordan temas urbano-rurales, regionales, raciales, identitarios y de política local. Las dos partes se complementan y presentan una fresca diversidad de enfoques, técnicas y niveles de análisis que giran en torno a los nuevos destinos de la inmigración.

En el capítulo 2, Massey y Chiara Capoferro establecen las posibles causas de esta nueva

geografía migratoria y comparan las posibles explicaciones a este fenómeno. Las cuatro causas planteadas por los autores son: las regularizaciones de estatus migratorio bajo IRCA (*Immigration Reform and Control Act*) en conjunto con la saturación de los mercados de trabajo; la Proposición 187, originada en California y que buscaba prohibir el acceso de los migrantes indocumentados a los servicios sociales públicos; el endurecimiento selectivo de la vigilancia en la frontera con México; y la cambiante geografía de la demanda de trabajo hacia nuevos lugares. La «nueva geografía de la inmigración» es explicada por los autores merced a la caída en la distribución porcentual de la población inmigrante reciente en los «cinco grandes» Estados receptores (California, New York, Texas, Florida e Illinois). A continuación están otros Estados que también cuentan con una presencia significativa de inmigrantes y que podrían ser denominados como «los segundos más grandes» receptores (New Jersey, Massachusetts, Washington, Virginia y Maryland). Hasta la década de los noventa, más del 80% de los inmigrantes fueron a estos diez Estados.

Entre los «nuevos destinos» de la inmigración hacia Estados Unidos, Massey y Capoferro ubican a veinte Estados, entre los que sobresalen Arizona, Georgia, Michigan, North Carolina y Pennsylvania. Una más de las aportaciones de estos autores es el uso de un índice de diversidad geográfica que arroja, entre otros resultados, una tendencia de concentración geográfica y rápida diversificación entre los mexicanos, quienes antes de los noventa mostraron una homogeneidad en los destinos y a partir del 2000 una alta diversificación. A partir de los da-

tos, los autores concluyen que las regularizaciones de IRCA y la Proposición 187 hicieron menos atractiva a California, al tiempo que nuevas demandas de trabajo en otros Estados se hicieron atractivas; en respuesta a estas fuerzas, los asiáticos, los latinoamericanos y el resto de los inmigrantes respondieron a estos nuevos destinos. Además, arguyen, «la transformación de la inmigración de un fenómeno regional a nacional» le debe mucho a la estrategia política de reforzamiento fronterizo después de 1993.

Mark Leach y Frank Bean, en el capítulo 3, examinan los factores asociados con la dispersión por Estados Unidos de los nacidos en México. Antes de usar los números, los autores construyen una sección con antecedentes teóricos que resulta muy valiosa por apoyarse en bibliografía clásica (Lee, Portes, Bach) y reciente (Light, Sassen, Hernández-León, Zuñiga). Esto les permite sostener que «múltiples factores contribuyen a las dinámicas del asentamiento de los mexicanos», de quienes esperan una diversidad no sólo en los lugares de asentamiento, sino en las propias características de los individuos. En el uso de los datos, Leach y Bean ofrecen un perfil de características promedio a nivel de los migrantes y de sus lugares de asentamiento. Esto les permite llevar a cabo un análisis multivariado para determinar aquellos elementos que se encuentran más fuertemente relacionados entre las características de los migrantes nacidos en México y sus nuevos lugares de destino. La correlación entre las secciones teórica y empírica del capítulo es muy positiva. Entre los hallazgos más importantes presentados en este trabajo está que el proceso de causación acumulativa condujo a la dispersión de los mexicanos en Estados Unidos durante los noventa.

Adicionalmente, los autores afirman que «los migrantes mexicanos en los nuevos destinos son un grupo heterogéneo», lo que en sí mismo constituye un importante hallazgo frente a las percepciones públicas y trabajos académicos que ven a la «diáspora mexicana» como una masa uniforme a la Huntington.

Los capítulos 4 y 5 son secuenciales temáticamente y también complementarios. Donato, Tolbert, Nucci y Kawano evalúan empíricamente cómo la presencia de los nacidos fuera de Estados Unidos ha cambiado geográficamente desde 1990, incluyendo áreas no metropolitanas. Lo que enriquece a este capítulo es el uso de información confidencial especialmente tabulada y proveniente de los censos de 1990 a 2000, la misma que permite a los autores tener precisión geográfica y flexibilidad analítica para medir espacialmente la distribución de los inmigrantes y sus cambiantes características sociales y demográficas (76). Entre los principales hallazgos se encuentra la dispersión de los inmigrantes en lugares no tradicionales de acogida y en áreas no metropolitanas. Lo que los autores denominan como la «nueva complejidad demográfica», aseguran, tendrá importantes consecuencias en la incorporación de los inmigrantes, que ya han presentado mejoras en indicadores socioeconómicos pero siguen estando rezagados en educación y en el uso del inglés. En este capítulo se establece la correlación entre los nuevos destinos de los inmigrantes en Estados Unidos y la dispersión espacial de las industrias que demandan mano de obra barata y poco cualificada.

Precisamente en relación a esta relocalización industrial en Norteamérica, Parrado y Kandel

«cuentan la historia» de los nuevos destinos de los inmigrantes «hispanos». Para ello se proponen tres objetivos: primero, asociar el crecimiento de la población latina con el cambio en la demanda de trabajo creada por las transformaciones industriales en los nuevos destinos; segundo, contrastar estas fuerzas entre áreas rurales y metropolitanas, y, tercero, identificar el cambio en el perfil de la fuerza de trabajo en los nuevos destinos y sus implicaciones en el mercado laboral. Luego de revisar los casos de las industrias de la construcción y procesadora de carne en función de las áreas citadas, para los autores el punto central del análisis desarrollado en este capítulo es que el aumento de la «población hispana» en destinos nuevos y tradicionales se origina en el crecimiento de la demanda y las variantes preferencias de los consumidores estadounidenses por bienes y servicios básicos, como lo son los alimentos y la vivienda (119). Esta dispersión de los inmigrantes, sin duda, tiene diversas implicaciones sociales, políticas, culturales y económicas a nivel ciudad, Estado, región y país, especialmente cuando se trata de individuos vulnerables que son empleados por su bajo capital humano, escasa organización y salarios decrecientes.

Ahora bien, bajo la cuestión de cómo se inicia la migración en los nuevos lugares de destino, en el capítulo 6, Donato y Bankston escriben sobre el origen de la demanda de empleos para inmigrantes en Louisiana a partir de «la preeminencia de habilidades suaves en una economía volátil». En este texto, el más cualitativo de la primera sección del libro, los autores recurrieron a 140 entrevistas a empleadores, líderes laborales e inmigrantes, así como a en-

cuestas de opinión pública en las comunidades seleccionadas. Los autores sostienen que sus «hallazgos sugieren que la volatilidad en los mercados de trabajo durante la década de los ochenta creó una nueva demanda de trabajadores inmigrantes» en un destino no tradicional, como lo es el sur de Louisiana. De manera que los empleadores en esta región han llegado a percibir a los migrantes, especialmente a los mexicanos, como portadores de actitudes culturales y hábitos laborales deseables. Esto se explica porque los recién llegados comparan sus condiciones laborales en Estados Unidos con las de sus lugares de origen, lo que Donato y Bankston denominan como un «doble marco de referencia».

Katherine Fennelly escribe un excelente texto que abre la segunda sección del libro. Esta investigadora de la Universidad de Minnesota realiza un análisis que da pistas sobre la naturaleza del prejuicio anti-inmigrante en el Medio Oeste de Estados Unidos. A primera vista, podría parecer un trabajo coyuntural o un estudio de comunidad muy acotado, de pocos vuelos. Sin embargo, la profundidad del estudio de Fennelly es tal que ofrece opciones de políticas públicas que puedan fomentar mayor empatía de los nativos hacia los inmigrantes. Así, la comunidad rural denominada como «Devereux» fue seleccionada con base en tres criterios: presencia de inmigrantes de diferentes orígenes; gran diversificación étnica-racial en los últimos diez años, y la existencia de una gran planta procesadora de carne. Ahí se llevaron a cabo grupos focales con tres tipos de informantes: líderes comunitarios, residentes de clase media y residentes de clase trabajadora (el cuadro de la página 155 es interesante y útil

para seguir los resultados de la investigación ya que presenta las descripciones de los «europeo-americanos» entrevistados en los grupos focales). Fennelly encuentra que, en términos generales, los líderes de la comunidad ven a los inmigrantes como un factor de crecimiento económico; empero, la clase media los ve con temor y los percibe como amenazas a la cohesión cultural y lingüística de la mayoría blanca; por último, la clase trabajadora, que conoce más de cerca y tiene opiniones más diversas sobre los expatriados, no expresa los mismos temores de la clase media, pero sí se queja de que los inmigrantes reciben ventajas. La autora concluye señalando a una sociedad que «sanciona y promueve estereotipos negativos de los inmigrantes, mientras que simultáneamente alaba la igualdad de oportunidad y el sueño americano» (175).

El capítulo 8, escrito por David Griffith, sintetiza un trabajo de dos años y medio de investigación sobre nuevos inmigrantes en cuatro nuevos lugares de destino: el suroeste de Minnesota, el centro de Iowa, el sureste de Carolina del Norte y en Georgia. El proyecto, financiado por el Departamento de Agricultura estadounidense, se llevó a cabo a través de visitas iniciales a diez comunidades, así como etnografías y encuestas a seis de ellas. El valor del texto de Griffith reside en las descripciones y comparación de las cuatro comunidades estudiadas, como destinos no tradicionales y rurales, y en la discusión sobre las dimensiones de la nueva inmigración en estos lugares. El autor sostiene que existen complejas relaciones de clase y étnicas entre los inmigrantes, y entre los inmigrantes y los nativos, en los ámbitos del acceso a la vivienda, la salud, los servicios de

traducción y los patrones de consumo. No obstante, en las cuatro comunidades estudiadas se encuentran elementos que facilitaron la incorporación de los nuevos inmigrantes en los Estados Unidos. Éstos son el invocar a un pasado común de Estados Unidos como nación de inmigrantes, el papel de la industria de la alimentación en la provisión de empleo, las iglesias, las escuelas y el sistema de salud en zonas rurales. Dos más de las aportaciones de este capítulo son el caso de Iowa, donde se ilustra que los grupos de inmigrantes son internamente diferentes, y la discusión sobre la oposición entre prácticas transnacionales y prácticas locales de incorporación.

El uso intercambiable de «hispano» y «latino», como categoría del Censo estadounidense, es justificado por Helen B. Marrow en un capítulo 9 que destaca por su tema, metodología, estructura, generosa bibliografía y detalladas notas. Su observación participante y las entrevistas en profundidad le permiten examinar cómo el tamaño y estatus de la población afroamericana afectan a la incorporación de los nuevos inmigrantes en una nueva comunidad sureña de destino que es pequeña y rural. Marrow parte de dos hipótesis que le permiten seleccionar sus lugares de estudio. La primera hipótesis es que altas proporciones de afroamericanos en el Sur suavizan las tensiones negro-hispanas en comparación con lo que sucede en otros contextos; la segunda considera que altas proporciones de población afroamericana en la misma región exacerban las tensiones. Los hallazgos, hartamente interesantes, son explicados a través de la distinción entre una dimensión local socioeconómica y otra política. De manera que entre las conclusiones sobresale que las tensiones

negro-hispanas en lo socioeconómico ocurren cuando la mayoría afroamericana ve amenazados sus intereses individuales y grupales; sin embargo, en lo político la mayoría afroamericana no se siente tan atacada y la tensión racial se suaviza. En suma, Marrow aporta información relevante para distinguir, prever y explicar los conflictos raciales entre afroamericanos e hispanos en el Sur estadounidense.

Nashville, capital del Estado de Tennessee y de la música *country*, no escapa a la llegada de migrantes internacionales en décadas recientes. El capítulo sobre el «nuevo sonido» de la migración latina y las políticas raciales en la *Music City* es obra de Jamie Winders, de la Universidad de Syracuse. El interés principal del ensayo es concentrarse en cómo la reciente migración de los latinos influencia tanto el entendimiento de raza y pertenencia como las interacciones sociales entre las comunidades raciales. En otras palabras, el autor se propone comprender cómo los residentes de una ciudad que no ha sido tradicionalmente receptora de inmigrantes ajustan sus percepciones a la llegada de extranjeros en busca de empleos. Este análisis se hace en dos espacios sociales claves, en la esfera pública de Nashville y en su mercado de trabajo local. El trabajo etnográfico de Winders en el «Hotel Nashville» concluye con más preguntas que respuestas, pues sostiene que las relaciones y formaciones raciales en el Sur estadounidense no han sido completamente estudiadas, comprendidas y trazadas. No obstante, la propuesta de este estudio regional es examinar la complejidad racial, la pertenencia y la exclusión urbana a través de espacios sociales e instituciones en donde emergen diferencias insoslayables en

comparación con investigaciones similares en otras latitudes, como en las ciudades de la costa oeste de Estados Unidos.

«La Bienvenida Ambivalente» (*The Ambivalent Welcome*), de Debra Lattanzi Shutika, es una contribución sobresaliente a la segunda sección del libro de Massey, porque claramente muestra la reacción de una comunidad en Pennsylvania a la llegada de los inmigrantes, específicamente en términos de las expresiones simbólicas locales y relaciones étnicas a través de la negociación por el uso del espacio público. Además de aclarar y detallar la importancia que la celebración del 5 de mayo tiene para los mexicanos en Estados Unidos, este capítulo es fundamental para ver cómo una comunidad transita de destino temporal para migrantes laborales a destino definitivo, y de asentamiento, de familias migrantes procedentes de México. Adicionalmente, la autora describe al lector el proceso mediante el que la comunidad de acogida decide abrirse a los nuevos vecinos mediante la celebración de una fiesta que simbolizaba la aceptación y la inclusión, pero que termina por cerrarse, relegar a los callejones adyacentes y transformar la novel festividad. El trabajo de Debra Lattanzi Shutika es muy recomendable debido a que ofrece términos y reflexiones profundas sobre la identidad y el espacio en el marco de los nuevos destinos de la migración internacional en Estados Unidos, así como de los esfuerzos de una población, como comunidad naciente, por redefinirse, por hacerse de un hogar, y comenzar lo que Anthony Smith llama «territorializar una memoria».

El último capítulo de la segunda sección del volumen corre a cargo de Michael Jones-

Correa y trata sobre cómo las instituciones suburbanas reaccionan a la creciente diversidad étnica y racial en un contexto de «dominación blanca» sobre esas instituciones. Los casos de estudio utilizados por este investigador son suburbios ubicados en la capital política estadounidense, en condados de los Estados de Virginia y Maryland. La idea del capítulo es hacer hincapié en la educación, espacio político clave, para analizar cómo los cambios demográficos funcionan en las decisiones políticas que afectan a las políticas y estructuras burocráticas. Las fuentes para ello provienen de medios locales de comunicación, reportes oficiales y no gubernamentales, pero especialmente de 114 entrevistas llevadas a cabo en el área metropolitana de Washington con actores de los sectores público y privado. Sin embargo, el argumento del autor se fundamenta especialmente en dos actores claves: los superintendentes de dos escuelas públicas que experimentan la llegada de nuevos estudiantes, quienes presentan diversidades étnicas y raciales (algunos de ellos procedentes de familias inmigrantes y/o no angloparlantes). Jones-Correa concluye con un resultado inesperado, observable únicamente a ras del campo: «las organizaciones tienen sus propias normas internas o *ethos* profesional», que impulsa a los burócratas a optar por cambios políticos que precedan el vendaval externo de la presión político-electoral; de manera que el autor observa una especie de «incorporación burocrática» de la cual pueden sacar buen partido, a través del cabildeo, las minorías étnicas si se convierten en actores organizados (336-337).

El libro se cierra con un ensayo de Douglas Massey acerca de la asimilación y la integra-

ción en los nuevos lugares de destino, así como del paso de la inmigración de fenómeno regional a nacional. Este último capítulo, además, es un pronunciamiento académico y político en el que se establecen las principales causas de la diversificación geográfica de los migrantes en Estados Unidos y donde se critica a la actual política de inmigración estadounidense. Para Massey, es claro que las políticas de reforzamiento de fronteras y la reestructuración de la industria manufacturera fueron fuerzas poderosas detrás de los nuevos rostros en los nuevos destinos. La buena noticia, augura, es que la sociedad estadounidense de hoy parece estar más abierta y tolerante ante las olas inmigrantes de lo que estaba antes de 1960, «la asimilación unilateral al *American way of life* ya no es tan demandada como lo fue en algún momento» (346). Empero, también considera que el camino hacia la adaptación de los inmigrantes será más difícil que en el pasado, sobre todo si

la gran barrera para la integración de los inmigrantes es su estatus indocumentado.

Este libro llena y abre huecos. Es muy importante como contribución académica a la más reciente transformación de la inmigración en Estados Unidos. Pero para que el circuito pueda cerrarse hace falta conocer la historia y visión de las comunidades emisoras recientes, de los nuevos lugares de origen.

Referencias

Brettell, Caroline, y Hollifield, James (eds.) (2000): *Migration Theory: Talking Across Disciplines*, Nueva York-Londres, Routledge.

Massey, Douglas; Arango, Joaquín; Hugo, Graeme; Kouaouci, Alo; Pellegrino, Adela, y Taylor, Edward (1998): *Worlds in Motion: Understanding International Migration at the End of the Millennium*, Oxford, Oxford University Press.

Guillermo YRIZAR BARBOSA